

como las que se refieren al divorcio, la pensión alimenticia que los esposos deben entregar a sus esposas divorciadas y la tutela de los hijos, generalmente concedida por los tribunales a las mujeres que se divorcian de sus esposos, en detrimento de éstos. «No somos —explica Samra— antifeministas militantes. Por el contrario, creemos que existe una santidad en el papel de la mujer, y que ésta debe ser tratada con una cierta dosis de respeto y gentileza». Se proponen publicar una revista que llevará el título de «El pa-

triarca americano». Los movimientos feministas no conceden demasiada importancia a esta sociedad, y hasta apuntan que es un invento puro y simple de Kahlil Samra para ganar dinero después de haber perdido su empleo en la Fundación para la Esquizofrenia, y que sus ideas proceden del fondo árabe de su nacimiento y su primera educación, pero que carecen de verdadera aplicación en los Estados Unidos, donde el desarrollo social es muy distinto.

MONTEJURRA Y EL JOVEN CARLISMO

Todos los años, en la primera semana de mayo, se celebra en Montejurra una concentración carlista. Por alguna causa, esta concentración ha venido siendo calificada por los medios informativos de «romería» y ha pasado a engrosar el calendario folklórico de la nación, con un tratamiento paralelo al que puedan tener la Feria de Abril en Jerez, las Fallas en Valencia o la fiesta de Moros y Cristianos de Alcoy. No quiero decir que la concentración de Montejurra no tenga algo, y aún mucho, de romería tradicionalista. En efecto, los romeros se reúnen en el monasterio de Iruñeche, próximo a Estella, y ascienden hasta la cumbre del monte por un camino pedregoso para hacer el Via Crucis, deteniéndose ante las grandes cruces levantadas en memoria de los mártires de la Tradición. La fiesta, en su conjunto, tiene mucho de raigal, iba a decir, mucho de valleinlanesco y hemingwayano. Miles de boinas rojas —cien mil según los optimistas— ponen en el vigoroso paisaje de Navarra el colorido de una solidaridad antigua, de raíz hondamente popular. La explanada llamada de La Campa se llena de coches y autobuses de todas las provincias españolas que, en la ideología del carlismo, dejan de ser provincias para convertirse en nacionalidades. La variedad lingüística española encuentra allí una expresión llana, sin conflicto, demostrando hasta qué punto la sensibilidad popular es ajena a las imposiciones del centralismo. La mayor parte de los peregrinos de Montejurra son gentes sencillas y no es raro ver allí a los jóvenes que cos-

tean su viaje vendiendo medallas y banderines y a los mendigos que llegaron andando de otras tierras y que, tocados con la boina roja, repiten el antiguo sonsonete de los milagros. No hay duda que la concentración de Montejurra es una peregrinación a la montaña-santuario de los mártires. Pero, para un observador imparcial, como creo que yo era el otro día, la concentración de Montejurra tiene otras implicaciones de mayor profundidad que nos plantean una serie de cuestiones relacionadas con nuestro presente. Cuestiones que no se refieren exclusivamente a un mero problema dinástico, planteado este año con mayor virulencia a raíz de la expulsión de la familia Borbón-Parma, sino que afectan a una serie de aspectos cruciales de nuestra vida colectiva y que es preciso analizar a la luz de recientes acontecimientos. Me sorprendió el otro día ver, junto a los viejos tradicionalistas, a un elevado porcentaje de jóvenes, algunos de ellos universitarios, que parecían oponer al populismo instintivo de sus mayores una más cuidadosa reflexión de los problemas actuales. No es el suyo, afirman ellos, «un nuevo Carlismo» y el mismo José Angel Zublaur, en el acto político que se celebró, a pesar de los pesares, en La Campa, tuvo especial interés en recalcar que en el Carlismo no hay «viejo» ni «nuevo», sino una continuidad de pensamiento. En esta época de descrédito de todos los «slogans», más que rendirnos al escrúpulo que necesariamente ha de provocar en nosotros la leyenda ultramontana del Carlismo,

sería interesante analizar, aun estando en contra de ellos, sus principios más importantes, su anticentralismo («España no es Madrid»), su colectivismo agrario, su concepción de la representatividad y sus ideas sociales que, según afirman los carlistas, quedaron reflejadas en el Acta de Loreá antes de ser sancionadas por la «Rerum Novarum». En nuestros días, las ideas del Carlismo han sido expuestas a menudo en publicaciones del tipo de las «autofinanciadas», en anticuado formato y han padecido de la

confusión automática producida en la mente española entre Carlismo e Integrismo. Un viaje a Montejurra debe sugerirnos algo más. Debe sugerirnos cuanto menos la pregunta de si esto es realmente como venía creyéndose o si, por el contrario, el Carlismo tiene algo que aportar al futuro; si el Carlismo es, como solía decirse en un tiempo, «un pueblo de leones conducido por borregos» o si por el contrario sus líderes tienen conciencia de la magnitud de la empresa que hemos de acometer los españoles. ■ L. C.

UNA ESTETICA DE LA VIOLENCIA Glauber Rocha, en trance



TIERRA EN TRANCE

«Dios y el diablo en la tierra del Sol» fue, sin duda alguna, una de las películas más importantes estrenadas en España el pasado año. Con ella hacía su presentación el «cinema novo» brasileño, uno de los movimientos más interesantes de los últimos años, del que luego apenas si se ha traído alguna muestra, como «La fallecida», «Los fusiles» y «Fieras humanas». Ahora, con motivo de la celebración de la Semana del Brasil, se ha desarrollado un ciclo, compuesto por siete títulos, que permite una aproximación, si no completa, sí significativa al referido movimiento. Realizadores de los que se conocía el nombre pero no la obra han dejado de ser un misterio. Los films, naturalmente, no son todos de la misma categoría, y en más de un caso, como el de «El desafío», de Paolo César Sarazeni, que venía precedido de gran fama, la decepción se ha producido. Pero, al margen de toda consideración aislada, el ciclo ha sido revelador. En primer lugar, porque ha proporcionado la posibilidad de conocimiento directo de parte de una cinematografía que, por una serie de razones, debe interesar especialmente a los españoles. Luego, porque dentro de él ha habido un film excelente, «El niño del ingenio de azúcar», de Walter Lima, Jr.; otro muy interesante, «El justiciero», de Nelson Pereira dos Santos, y uno absolutamente excepcional, «Tierra en trance», de Glauber Rocha. Rocha domina, a mucha distancia, el panorama cinematográfico de su país. Se trata de un cineasta fuera de serie, del que puede pronosticarse ya, a pesar de la brevedad de su obra y de su extremada juventud, que perte-

nece a la madera de los Welles, de los Buñuel. Si en «Dios y el diablo», su segunda película —la primera, «Barrio-vento», no ha llegado a Europa—, se revelaba como un autor absolutamente nuevo, capaz de revolucionar los conceptos tradicionales de la narrativa cinematográfica, en la tercera, «Tierra en trance», sobrepasa todas las esperanzas puestas en él y realiza una de las obras más originales, más auténticamente revolucionarias del cine universal de los últimos años. ¿Qué puede haber hecho en su cuarta, «Antonio das Lopez», que se presentará en el inminente Festival de Cannes?

«Tierra en trance» es, ante todo, un film político. Pero nada tiene que ver con el panfleto ni con el banderín de enganche. Por el contrario, se trata de una personalísima reflexión sobre las posibilidades de acción en un contexto determinado —el hecho de que la acción transcurre en un país imaginario, «Eldorado, país interior, Atlántico», no engaña, naturalmente, a nadie— vistas a través de la crisis permanente de un intelectual sucesivamente al servicio de los dos líderes principales, abiertamente fascista el uno, pretendidamente democrata el otro, y del gran capitalista, en cuyas manos se encuentra la gran industria y los medios de información. El protagonista, que es herido de muerte en los primeros metros de la película, recuerda desordenadamente, en las dos horas que duran la película y su agonía, los episodios que han marcado los últimos diez años de su vida, su ir de uno a otro líder, su búsqueda de una verdad que le es imposible alcan-



zar desde su postura de intelectual que pretende estar por encima de todo lo contingente.

El lenguaje utilizado por Rocha es absolutamente nuevo, deslumbrante. Es la suya, según sus propias palabras, una estética de la violencia. Sus personajes gritan, se revuelven. El montaje juega continuamente con oposiciones que producen un impacto, un choque, con frecuencia insoportable. La música se utiliza como un elemento de la misma importancia que la imagen o el diálogo, con un criterio operístico que, evidentemente, nada tiene que ver con lo que de la ópera ha hecho una burguesía que la utiliza como elemento de autocontemplación. En la banda sonora se sobreponen diálogo, música de Verdi y ruido de ametralladoras. En la de imagen alternan escenas íntimas con manifestaciones, primerísimos planos con otros en los que apenas es posible distinguir las lejanísimas siluetas humanas... Nadie, posiblemente, antes de Rocha haya logrado, a través del aparente desorden

expositivo, un tan lúcido análisis de la problemática revolucionaria del tercer mundo, sin complacencia alguna, sin el más mínimo asomo de sectarismo. Ninguno de sus personajes —ni siquiera Sara, la militante— sabe realmente lo que quiere, es consciente del torbellino en que se está dejando arrastrar. No hay, desde luego, «personaje positivo». Rocha sabe más que cualquiera de ellos, es infinitamente más lúcido, y es él quien racionaliza lo que para sus «héroes» transcurre de modo irracional, no exactamente asumido. Entre el fanatismo y la duda sistemática y en el fondo utilizada como coartada, entre los compromisos y los heroísmos gratuitos, los personajes de «Tierra en trance» se mueven, en trance también ellos, en un mundo en descomposición que, desde luego, no son ellos quienes van a arreglar. Rocha no es sólo el autor más importante del «nuevo cine brasileño». Es uno de los más importantes y geniales autores del cine nuevo a escala mundial. ■ C. S. F.

TERENCI MOIX

El Gimferrer de la prosa



Terenci Moix, catalán de 1943... su nombre no es nuevo para nuestros lectores, ni para nadie que siga con atención la gran «renaixença» de los últimos años. Crítico literario y cinematográfico, especialista en el difícil arte de la interpretación, a nivel sociopsicológico, del «comica» y de tantas otras formas «estéticas» propias de la sociedad de consumo, Moix es hoy, a pesar de su juventud, un gran escritor catalán, capaz de enfrentarse con fórmulas inéditas a los más diversos géneros. En el caso que hoy nos ocupa es la novela el medio elegido por Moix para expresarse: «Onades sobre una roca deserta» (Ediciones Destino). Resulta curioso comprobar cómo el más reciente movimiento literario barcelonés se orienta hacia formas remozadas del «modernismo». No debe extrañar a nadie que en el plano de la prosa encontremos en la de Moix un cierto paralelismo con la poesía de Pedro Gimferrer. La fórmula de que Moix se vale es acumulativa —los datos argumentales se suman en cascada—, sin que se altere nunca la brillantez ni la calidad estilística de su relato. La anécdota es, pese a todo, sencilla: un joven, perteneciente a una familia burguesa catalana del Ensanche barcelonés, lleva a cabo un viaje por distintos países europeos: a través de la narración va describiendo el carácter y la personalidad de un amigo suyo, por medio del cual va expresando su experiencia personal a lo largo de algo más de un año. La forma elegida es la epistolar. El «argumento» llega a su «climax» con

el encuentro amoroso, en escenario italiano, con una muchacha ciega, que se confía totalmente a él. Finalmente, Oliveri —el protagonista— provoca la ruptura definitiva, cuando ella recupera la vista.

La novela de Moix no es tan sencilla como parece dar a entender esta historia más o menos frívola: hay en ella, por un lado, una inclinación muy fuerte hacia la descripción de lugares y monumentos —que el autor realiza de forma brillante—, y por otro, una preocupación ensayística que infunde a la obra, a nuestro modo de ver, su máximo valor. Este culturalismo, abordado de manera frontal en múltiples ocasiones, se acerca casi siempre a los problemas que se plantean a la última generación y en su formulación no existen precedentes. He aquí, pues, la originalidad de Terenci Moix, aparte, claro está, de la calidad de su prosa, ya subrayada más arriba. Moix juega con la paradoja —lo demuestra su presentación «al lector demasiado aficionado a creerse a los críticos—, y juega bien, aunque adolezca a veces de un cierto cosmopolitismo, de una excesiva ambición de volar muy alto. Moix es un escritor que se está formando, que trabaja con seriedad y trabaja bien: debe eludir en lo posible —si nos permite el consejo— estos dos peligros, estas temibles caídas que pueden dar al traste con la gran promesa que se encierra en su ya vasto —para su edad— trabajo literario. La preocupación por las ideas domina toda su prosa, y a veces desborda los elementos dramáticos del relato; pero tiene la virtud de prevenirnos de este, para nosotros, riesgo, en la advertencia a que hemos aludido. Bien merecido tiene, sin embargo, el Premio Josep Pla de 1968.

Mucho juego literario ha de ofrecer nos Terenci Moix. Uno está tentado a recomendarle serenidad, calma, limitación en los objetivos, un caminar más sosegado. Allí él, de todos modos, porque estamos seguros de que, de una u otra manera, ha de realizarse plenamente como escritor, más tarde o más temprano. Esta circunstancia es la que puede verse afectada por el cumplimiento de los «consejos» que acabamos, modestamente, de formularle. ■ E. G. R.

ENCUESTA A EDITORES

Por razones de cierre de nuestra edición, no pudimos incluir en el trabajo que apareció el número pasado, y titulado «¿Qué pasa con el libro español?», las colaboraciones de don Ramón Quintana y don Manuel Sanmiguel. Responden hoy a las dos preguntas:

1. ¿Qué perspectivas ofrece la industria editorial española?
2. ¿Han cambiado los gustos del público en los últimos años? Si es así, ¿en qué sentido?

GUADARRAMA

D. Manuel Sanmiguel



1. El director general de Cultura Popular, Carlos Robles Piquer, respondía recientemente a esta pregunta afirmando que nuestra industria editorial disfruta de magnífica salud. Efectivamente, así es, al menos en su faz externa. Se publica más que nunca, se venden más libros que nunca, se exportan cifras no soñadas y disfrutamos de una protección estatal amplia y generosa. Pero en su entraña tal vez no sea la perspectiva tan halagüeña. Yo creo que estamos en una auténtica inflación librera. Se publica demasiado y se traduce con exceso y, en buena parte, libros sin valor alguno. ¿Adónde nos conducirá todo esto?

Actualmente, en España, los costos del libro son similares a los de cualquier otro país europeo, mientras que carecemos de su poder adquisitivo y nuestras tiradas no llegan al 50 por ciento de la mayor parte de ellos. Nuestra válvula es Hispanoamérica. Pero esto es un sueño. Necesitamos exportar para aumentar la tirada y disminuir el precio del libro, aunque no nos percatamos que, pese a la ayuda oficial, todos los editores que carecemos de casa propia en esos países perdemos dinero en tales exportaciones. Aquí radica el riesgo más grave para la vida editorial española. Se exporta con un descuento elevadísimo y se tarda dos años o más en la cobranza aparte de los constantes impagados que existen. Todo esto coloca alguna de las ventas en un 70 por ciento o más del valor del libro, que lo único que proporciona es pérdida. ¿Piensan en esto los editores españoles?

2. Creo que han cambiado notablemente. Cada día aumentan más los lectores de libros básicos de historia, sociología y ensayo filosófico-cultural. La novela y el reportaje descienden, a mi juicio, de modo impresionante. Tal vez por un exceso de novelaría barata en el mercado. Cada día se desea más una biblioteca seria y fundamental en el propio hogar.

LIBRES DE SINERA

D. Ramón Quintana



1. Las perspectivas de las editoriales en España son considerables, pero se hallan en directa relación con la introducción de nuestros libros en los países americanos y en la comercialización y distribución en España. Sin embargo, esta perspectiva es parcial, pues aumentará el consumo de libros en España a medida que aumenten el nivel cultural del país y las posibilidades económicas de los españoles. No podemos olvidar, en este condicionado, la posibilidad de contratar autores de calidad y textos con las mínimas presiones. La apertura en el campo intelectual de esos últimos años ha facilitado, en gran parte, un cierto florecimiento editorial que cualquiera puede observar.

2. Las masas en España han iniciado un acercamiento al libro. Tal acercamiento es muy tímido y ha sido orientado y dirigido por las editoriales «fasciculares». También han surgido numerosas editoriales más minoritarias que, en conjunto, hacen variar bastante el panorama editorial con respecto al de hace sólo diez años. Sin embargo, entre los «grandes monstruos» y las pequeñas editoriales minoritarias queda el hueco de la editorial media, para la que veo un importante futuro.

Existe, y defendemos, un lector cultivado, atento a lo que sucede a su alrededor y partidario de la selección. Es en este sentido en el que cabe apuntar las preferencias del público. Interesan la novela, el ensayo, el libro de poemas, si poseen calidad. Lo que falta es ampliar estos círculos y comercializar lo que se publica y publicar menos quizá, pero mejor, más barato. El libro es demasiado caro, porque las tiradas son desesperadamente cortas.

Hay una gran diferencia entre las nuevas generaciones que compran libros y las anteriores. Por lo general, los jóvenes de hoy saben lo que quieren y cómo lo quieren. Los libros de calidad es hoy difícil que pasen inadvertidos.



COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Luis Carandell, Antonio Javaloyes, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Europa Press, Cifra, Fiel, particulares y Archivo.